

1. Tal para cual.

Elizabeth camina apurada las dos cuadras que la separan del súper. Esta tarde salió temprano del trabajo, quiere terminar con los preparativos antes de que su marido llegue a casa.

Es empleada en la pequeña sucursal céntrica de un banco extranjero. Se ocupa del *clearing*, de tramitar los cobros con tarjeta y de acompañar a los clientes a las cajas de seguridad. El sueldo no es exorbitante, pero entre lo que ella y Eduardo ganan pueden vivir con comodidad.

Se casaron hace cinco años. Gran fiesta gran. Vals y cotillón carioca. Toda la parentela. Lo que se estilaba.

Los papás de Elizabeth alquilaron el salón, los de Eduardo pagaron el catering. Pese a que ninguna de las dos familias es pudiente, ambas decidieron darles ese regalo a sus hijos. Por más que les llevara años cancelar los préstamos que precisaron para hacerlo.

Es que se trataba de una parejita encantadora. Seis años de novios, juntando peso sobre peso para comprar el departamento y los muebles. Si los ayudaban con la fiesta iba a ser perfecto, ya no tendrían que seguir esperando.

Ely y Eddy eran jóvenes y estaban enamorados. La vida entera por delante. Salud, trabajo y un dos ambientes en Caballito... Nada podía fallar. Así debe ser cuando las cosas vienen tan bien paridas.

Prometerse "para siempre" en estos casos fluye con naturalidad. Esas promesas ambiciosas son moneda común. Lo curioso es que a la mayoría de las personas en lugar de provocarles ansiedad, las tranquiliza.

Elizabeth es detallista, meticulosa, prolijita. De hecho, se ufanaba de tener, a la hora de casarse, hasta la última servilleta comprada. Mujer trabajadora y organizada, una chica “como las de antes”, según su mamá.

Ella es la personificación del deber ser. Y tan estructurada, que tiene una lista para cada tema. La lista del supermercado, la lista de los llamados que hay que hacer el día del amigo, la lista de las facturas pendientes de pago, la lista con la fechas de los cumpleaños, la lista de aquellas cosas con las que a uno jamás se le ocurriría hacer una lista.

Trajecito sastre, taco aguja, sobriedad.

Eduardo es profesor secundario de Lengua y Literatura. Un hombre divertido sin estridencias, sin pasarse de la raya. Planificador y medido, igual que su señora. Y un poco anticuado, solo un poco... de los que en lugar de decir “quince minutos” dicen “un cuarto de hora”, nada grave.

Ely y Eddy, tal para cual, están a punto de cumplir su quinto aniversario... y ella apura sus pasos para que el tiempo le rinda. Va a ser una noche especial.

2. Proyectos.

Marisa es una rubia linda que araña el metro setenta. Linda sí, no despampanante... linda normal.

Sin duda, sus cartas ganadoras son el atractivo de su personalidad y esa sonrisa que se le escapa aunque no quiera.

Porque las personas tenemos gestos por *default*. Cuando no pensamos en algo específico, cuando ponemos “cara de nada”, hay un ademán particular que nos describe. En muchos es un rictus amargo; en otros es una sonrisa que si no se expresa en los labios, se asoma por los ojos.

Marisa —Maru para casi todo el mundo— es una mujer exitosa. No exitosa de grandes triunfos, sino de gozar los intentos, de vivir buscando desafíos y subirse a ellos, sea cual fuere el resultado.

Es emprendedora e hiperactiva. No para. Siempre hay cosas por hacer, y adora el movimiento.

Definitivamente encantadora, su carácter y su simpatía enamoraron a Ignacio cuatro años atrás.

Mientras Maru se dedica a la venta de bienes raíces, él es contador en una empresa de seguros.

Nacho, por el contrario, es tímido, conservador, tranquilo. Y un tipo de pocas palabras. Total, para el derroche verbal ya está ella, que además lo disfruta a rabiar.

Maru ama la paz que este hombre calmo y sosegado le brinda... Y él, su forma de ser, su empuje y su histrionismo.

Llevan tres años viviendo juntos. Se conocieron una mañana de junio en que Maru le mostró el departamento que Nacho compraría después, crédito mediante, en el microcentro porteño. El mismo lugar al que ella se mudó un año más tarde.

Y ahora piensan en adquirir una casa en un barrio privado, al norte del gran Buenos Aires. Seguridad y espacios verdes.

Ya los 36 le susurran a Maru que no es tiempo de seguir esperando, que es el momento de formar la familia con la que siempre soñó.